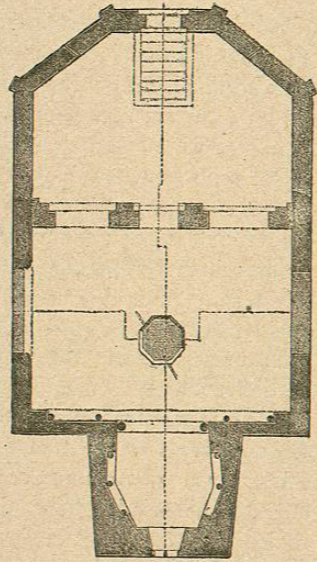
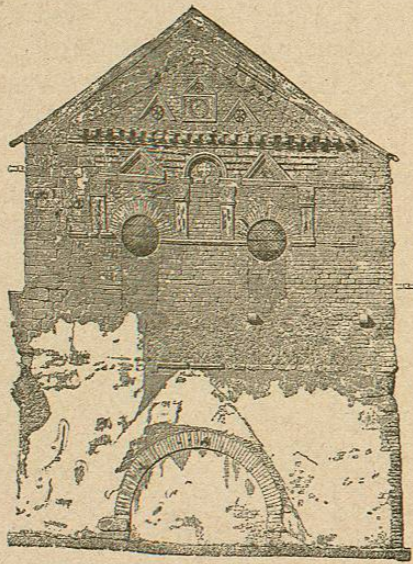


guaje bello. Bien es verdad que aquel latín era de muy mediana calidad, incluso el que usaban los mejores autores. Gregorio de Tours juzga rústico su propio estilo, pero añade que escribe el latín casi como se habla á su alrededor y que su lenguaje está al alcance del pueblo. En efecto, se ha querido con demasiada frecuencia oponer al latín escrito ó literario lo que se llama el latín popular ó vulgar, siendo así que en aquella época el idioma es el mismo, aunque se modifica según las clases sociales y las regiones. Es un latín que está en pugna con la gramática, pero los barbarismos y solecismos de que está plagado no son fortuitos, sino que tienen su razón de ser y darán lugar á reglas. Gregorio



Baptisterio de San Juan en Poitiers.—Vista exterior y planta

de Tours, por ejemplo, sabe perfectamente que se pierde el conocimiento exacto de los casos y de los géneros: «personaje ignorante y necio, se dice á sí mismo, que no sabes discernir los nombres, que empleas continuamente el masculino por el femenino y viceversa, que colocas mal las preposiciones y confundes los acusativos con los ablativos.»

Desde luego cambia la fonética: en el grupo de las vocales se confunden continuamente la *e* con la *i* y la *o* con la *u*, y así se dice *manifestus* por *manifestus*, *custus* por *custos*, *victur* por *victor*; y en el grupo de las consonantes se truecan á menudo la *b* y la *p*, la *d* y la *t*, la *c* y la *g*, la *t* y la *th*. Las transformaciones de la fonética ejercen una influencia sobre la forma misma de las palabras y sobre el juego de las flexiones; los antiguos tipos de las declinaciones se alteran y estas variaciones toman formas múltiples y extrañas, operándose de una á otra declinación los cambios más imprevistos, como *villabus* por *villis*, *tempore* por *temporis*, *patri* por *patris*. Ciertas palabras tienen dos declinaciones y los casos se substituyen unos á otros, apareciendo el acusativo allí donde ha de intervenir el nominativo. Sin embargo, la antigua declinación se defiende contra estos atentados y en general conserva sus posiciones; también conserva las suyas, aunque con algunas brechas, la conjugación. La que más perjudicada resulta es la sintaxis, pues á cada momento se violan las reglas de uso y concordancia más elementales; el valor de las

preposiciones varía, apareciendo empleadas unas por otras. *De*, que desempeñará un papel importante en las lenguas romances y que llegará á suplantarse al genitivo, gana terreno, de modo que se tiende á usar preposiciones en los casos en que antes se empleaban desinencias (1), lo cual es uno de los rasgos que mejor denuncia la elaboración de las lenguas nuevas que restringirán ó suprimirán el papel de las declinaciones. Esta elaboración la vemos también en materia de verbos; así, por ejemplo, el verbo *habere* es cada vez más un auxiliar que substituye á las formas regulares de ciertos tiempos (2).

El estilo de Gregorio de Tours nos da con bastante

exactitud el estado medio del latín en aquella época, tal como se escribía. En las antiguas redacciones de la ley sálica, en las colecciones de fórmulas jurídicas es todavía más rudo y más incorrecto; pero por lo general las deformaciones y transformaciones que en ellas encontramos son las mismas. De esta suerte, bajo el antiguo idioma se sorprenden los comienzos de un idioma nuevo que, molesto en su rústica torpeza por las delicadezas de la morfología y de la sintaxis, las falsea ó trata de suprimirlas, á la manera que un bárbaro vestido con la toga deshace los pliegues de su sabio ropaje que le embaraza y poco á poco lo acomoda á sus gestos y movimientos.

Menos datos aún tenemos de los idiomas germánicos de la Galia: es indudable que se hablaban, sobre todo el franco, pero ¿en qué proporción se empleaba este último? ¿Cómo fué que en muchas regiones desapareció vencido por el latín? Este trabajo de evolución, cuyos resultados conocemos, escapa las más de las veces á nuestras investigaciones. Dondequiera que los romanos estuvieron en mayoría, los germanos, perdidos entre ellos, abandonaron poco á poco el uso de su lengua;

(1) *Flumina de sanguine*, por *flumina sanguinis*; *parietes de cellula* por *parietes cellule*. Per reemplaza también al ablativo instrumental; *seductus per malorum consilium*, *adprehensa per comam puella*.

(2) *Promissum habemus*, hemos prometido, en vez de *promissimus*; *episcopum invitatum habui*, he invitado al obispo.

por el contrario, la lengua latina desaparece en los países en donde se han establecido en masa los invasores, y ya en el siglo v Sidonio Apolinario felicitaba al conde Arbogasto, domiciliado en Tréveris, por haber consagrado la elegancia de la lengua latina «abolida en las regiones de la Bélgica y del Rin.» En la zona limítrofe del Norte, al Este, en donde puede fijarse con precisión

de la lengua latina la invasión germánica dejó un millar de palabras aproximadamente, que forman en ella una especie de colonias. Los vocablos guerreros constituyen un grupo: *guerre*, *épieu*, *heaume*, *éperon*, *étrier*, *haubert*, *épier*, *blesses*, *fourbir*, etc. (guerra, jabalina, yelmo, espuela, estribo, coraza, espiar, herir, bruñir, etc.); otros se refieren á las instituciones políticas y judiciales: *ban*,



Vista interior del baptisterio de San Juan en Poitiers

la frontera de las lenguas francesa y alemanas, se comprueba que esta última ha retrocedido, aún en el transcurso de los últimos siglos (1).

Carecemos asimismo de monumentos escritos bastante extensos que nos ilustren acerca del estado de la lengua franca en los siglos vi y vii, siendo los únicos documentos que nos quedan las glosas malbérgicas de la ley sálica y los nombres propios; pero por lo menos puede comprobarse que aun en los mismos dominios

(1) Kurth, *La frontière linguistique en Belgique et dans le Nord de la France*, 1896. Herm. Paul, *Grundriss der germanischen Philologie*, tomo I, págs. 527-529. En Alsacia, el alemán ha hecho algunos progresos, pero en la Lorena, por el contrario, ha perdido un poco de terreno: Pfister, *La limite de la langue française et de la langue allemande en Alsace-Lorraine*, 1890.

gage, *saisir*, *garantir*, *gage*, *alleu*, *fief* (proscripción, prenda, confiscar, garantizar, fianza, alodio, feudo); otros conciernen á la vivienda, al mobiliario, al traje: *bourg*, *hameau*, *faîte*, *guichet*, *loge*, *bord*, *banc*, *fauteuil*, *malle*, *écran*, *robe*, *gant*, *guimpe*, *echarpe* (burgo, caseo, tejado, postigo, covacha, borde, banco, sillón, baúl, pantalla, toga, guante, toca, banda), ó también á la vida rústica: *lande*, *haie*, *jardin*, *gazon*, *bois*, *gerbe*, *hêtre*, *roseau*, *if*, *houx*, *mousse* (erial, seto, jardín, césped, bosque, gavilla, haya, caña, tejo, acebo, musgo). Pero los hay también que pertenecen á la vida moral, como *orgueil*, *gai*, *gaillard*, *joli*, *morne*, *riche*, *frais*, *laid* (orgullo, alegre, lozano, bonito, rico, fresco, feo). Algunos verbos usuales son germánicos: *choisir*, *hair*, *honnir*, *hâter*, *épargner*, *effrayer*, *garder*, *fournir*, *gagner* (esco-

ger, aborrecer, infamar, apresurar, economizar, espantar, guardar, proporcionar, ganar), y lo propio sucede con muchos nombres que designan los colores: *blanc, bleu, blond, brun, gris, hâve* (1) (blanco, azul, rubio, pardo, gris, pálido). Si en la práctica de la vida diaria muchas palabras germánicas suplantaron a varios vocablos latinos, ¿cómo no reconocer que el elemento germánico tuvo su parte en la formación del nuevo estado social que entonces se elaboraba?

V.—Las artes (2)

Los galo-romanos, para defenderse contra los invasores, habían destruido en parte, desde el siglo III, los monumentos antiguos, templos, termas, teatros, que desde la conquista romana se habían multiplicado en su territorio. Algunas tradiciones del arte antiguo subsistían, sin embargo, bien que deformándose. Los germanos construían sus edificios de madera y tenían un estilo decorativo particular, perfectamente conocido hoy en día gracias a las excavaciones practicadas en muchas necrópolis bárbaras, sobre todo en Charnay y en Gourdón, en Borgoña, en Pouán, en el Aube, y en Caranda, en el Aisne. Por otra parte, las colonias judías y sirias, tan numerosas en la Galia en el siglo VI, introducían en ciertos puntos el arte griego-oriental.

El arte merovingio se formó con estos elementos extranjeros, mezclados con el elemento local ó étnico.

La arquitectura civil continúa estando representada, como en la época precedente, por la *villa*. Los escritores contemporáneos señalan en todas partes, en unas más y en otras menos, la existencia de suntuosos palacios (*aulæ*) con pórticos, salas de baño, parques, estanques y cascadas. El obispo Nizier de Tréveris posee uno de estos palacios situado en lo alto de una roca que domina el Mosela; con su altura de tres pisos, las columnas de mármol que lo sostienen, y su sala de armas y su capilla consagrada a los santos en su torre, parece un esbozo primitivo de un castillo feudal.

La arquitectura merovingia es, empero, principalmente religiosa. Las iglesias de los siglos IV y V, construidas precipitadamente y con frecuencia incendiadas, ó estaban en ruinas ó no eran suficientes para contener

(1) Todos estos ejemplos los tomo de Gastón París, *La littérature française au Moyen Age*, págs. 22 y siguientes. Hatzfeld y Damsteter, *Dictionnaire general de la langue française*, tomo I, págs. 14-16.

(2) FUENTES.—Obras de Gregorio de Tours y de Fortunato en los *Monumenta Germanie historica*, serie en 4.ª Indicación de los textos principales en J. von Schlosser, *Quellenbuch zur Kunstgeschichte des abendländischen Mittelalters*, 1896.

OBRAS DE CONSULTA.—Enlart, *Manuel d'archéologie française*, tomo I, 1902. Courajod, *Leçons professées à l'École du Louvre*, tomo I, 1899. Marignan, *Louis Courajod*, tomo I, 1899. Brutails, *L'archéologie du Moyen Age*, 1900. Marignan, *Études sur la civilisation française*, tomo II; *Le culte des saints sous les Mérovingiens*, 1899. Lindenschmidt, *Die Alterthümer der merovingischen Zeit*, 1880. F. Moreau, *Album Caranda*, 1881-1888. Clemen, *Mérovingische und Karolingische Plastik*, 1892. Quicherat, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo II. R. de Lasteyrie, *L'église Saint-Martin de Tours*, «Memoires de l'Académie des Inscriptions», 1892. S. Reinach, «Antiquités nationales:» *Description raisonnée du Musée de Saint-Germain-en-Laye*, 1889. Emilio Moliner, *Histoire générale des Arts appliqués à l'industrie*, tomo IV, *L'orfèvrerie*. Barriere Flavy, *Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule*, 1901.

la masa de fieles; de aquí que en todas partes se construyeran otras nuevas ó se restauraran las antiguas, bajo la dirección de los reyes y de los obispos, verificándose con gran solemnidad la inauguración de las mismas, a la que asistían entonando himnos el clero y el pueblo. Childerico y Gontrán, entre los reyes, y Gregorio de Tours y Leoncio de Burdeos, entre los obispos, fueron grandes constructores.

Las basílicas más famosas eran la de San Martín de Tours, reconstruida en 470 por el obispo Perpetuo en el sitio antes ocupado por una modesta capilla; la de Clermont, edificada por el obispo Namacio y cuyas obras duraron doce años; la de Nantes, construida por el obispo Félix; la de San Germán de los Prados, de París, debida a los diligentes cuidados de Childeberto; y la del obispo Paciente en Lyon, de fecha anterior, que Sidonio Apolinario nos describe en una de sus poesías, diciendo que «desde su alta fachada contempla la salida del sol,» que el Saona corre a sus pies y que «el coro de marineros inclinados sobre el remo dirige al Cristo cadenciosos cantos a los cuales responde desde la orilla el aleluya.»

Ninguno de estos monumentos ha sobrevivido y los únicos vestigios importantes que se pueden considerar como procedentes de aquella época son el baptisterio de San Juan de Poitiers y algunas partes de la cripta de San Pablo de Jouarre y de la de San Lorenzo de Grenoble; de aquí que para formarse una idea de las iglesias merovingias sea preciso recurrir a los textos de los escritores que las vieron ó a las basílicas de la misma época que, a pesar de algunas alteraciones posteriores, han subsistido en Italia. Estas basílicas conservan el mismo plano de las iglesias anteriores, el *atrium*, el *narthex*, las tres naves: una nave transversal, el crucero, corta perpendicularmente estas tres naves y da al conjunto de la construcción la forma de una cruz; en la intersección se alza una torre coronada por un pabellón de madera (*turritus apex, arx*), generalmente considerada como una añadidura bárbara al tipo de la basílica latina, que en los siglos VI y VII sirve de linterna y en la cual más adelante se colocarán las campanas. Las más de las veces la iglesia se levanta sobre la tumba de un santo, cuyo cuerpo se deposita debajo del altar mayor, en la cripta, que es un subterráneo ó una construcción abovedada, en donde pueden entrar los fieles (3).

Las hermosas iglesias merovingias, de dimensiones bastante reducidas, estaban construidas con piedras pequeñas, mamposteadas é intercaladas de hiladas de ladrillos; el techo era de madera y el tejado de metal. Pero bajo la influencia bárbara, las construcciones de madera, antes desconocidas, acabaron por ser frecuentes, sobre todo en el Norte y en el Centro, mencionándose algunas de ellas en Thiers, Brive, Reims y Tours.

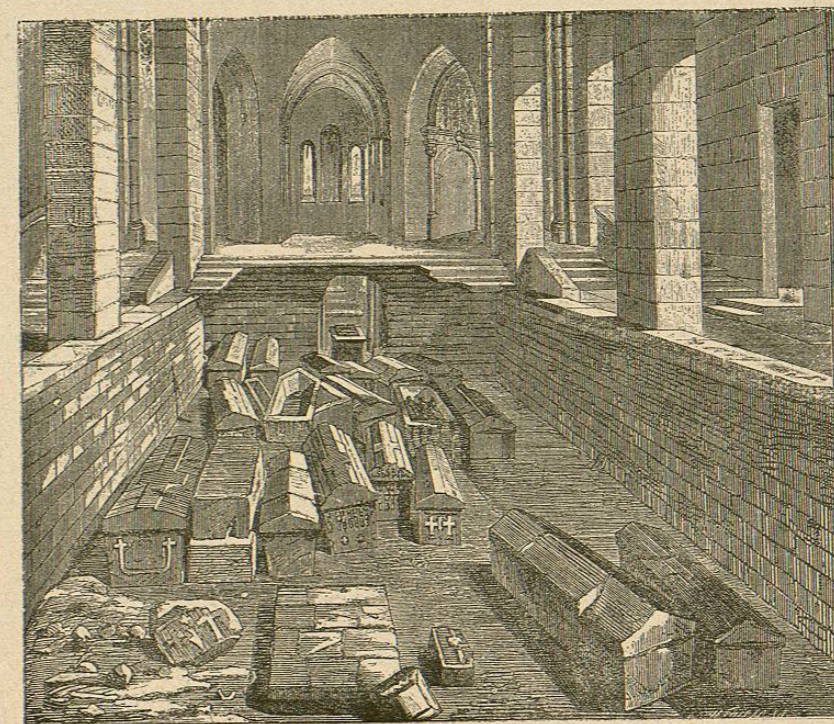
La idea que tendríamos de todas estas basílicas sería incompleta si no nos las representáramos con su decorado interior: las naves estaban separadas unas de otras por columnas terminadas en capiteles y que a veces sostenían tribunas; las paredes aparecían cubiertas de oro y de colgaduras de seda, y los huecos de las venta-

(3) En Fortunato y en Gregorio de Tours encontramos también empleada la palabra oratorio (*oratorium*) aplicada a las iglesias de pequeñas dimensiones así de la ciudad como del campo, éstas especialmente.

nas ostentaban vidrieras en las cuales la mano de un hábil artista había «aprisionado la luz.» También había pavimentos de mosaico de los que tal vez existe una muestra en Thiers. Los escritores de la época admiran sin reserva todos estos esplendores que les recordaban el templo de Salomón. Pero esta ornamentación tan ensalzada era prestada en gran parte: aquellas columnas de mármol procedían en muchos casos de templos antiguos saqueados, aquellos capiteles habían sido deformados por las exigencias de la construcción y aquellas telas de seda habían sido traídas de Oriente; en reali-

romanos, y en los siglos VI y VII la del Sudoeste; comparadas una con otra, se observa perfectamente la creciente barbarie. Los sarcófagos del Sudoeste conservan todavía, por ciertos motivos, algo de las tradiciones clásicas; pero difieren de ellas por la elección de asuntos, por la preponderancia de la decoración vegetal y sobre todo por la inexperiencia del cincel.

En cuanto a la pintura, de la que nada ha llegado hasta nosotros, servía para describir las escenas de la vida del Salvador ó del santo a quien estaba consagrada la iglesia. En las paredes de la basílica de Tours se



Cripta de la antigua iglesia de Santa Genoveva de París con sarcófagos de piedra merovingios

dad, las artes decorativas se encuentran entonces en un estado de profunda decadencia.

La escultura sobre todo presenta un aspecto miserable: en ella vemos temas decorativos tomados del arte bárbaro (líneas cortadas, zizás, espirales, entrelazados), del arte oriental (margarita, estrella de seis puntas, trenza, hélice, flor de lis, as de *pique*, palma), ó del arte cristiano primitivo (pescado, áncora, cruz); pero la ejecución es de una torpeza salvaje; las figuras apenas están debastadas y las plantas y los animales hallanse representados conforme a tipos tan convencionales que a veces se hace difícil reconocerlos.

De ello puede juzgarse por los sarcófagos. Gregorio de Tours menciona algunos de Clermont y de Dijón, «mármoles de Paros maravillosamente esculpidos que representan los milagros de Cristo y de los Apóstoles;» y era tan grande en su tiempo el número de estas sepulturas que pensó por un momento escribir la historia de las mismas. De estos sarcófagos unos habían sido traídos de regiones lejanas, de Italia, siguiendo una costumbre que subsistirá hasta muy avanzada la Edad media; pero otros eran de fabricación reciente. Dos escuelas trabajaron entonces en la Galia: en los siglos IV y V la de Arlés, que procede de modelos italianos ó

veía a San Martín curando a los leprosos, partiendo su capa, dando su túnica, resucitando a los muertos, cortando un pino, derribando ídolos y descubriendo un falso mártir. Gregorio de Tours refiere que la esposa de Namacio, obispo de Clermont, después de haber hecho construir fuera de la ciudad una basílica, mandó que en las paredes se pintaran hechos tomados de la vida de los santos: «Tenía en sus rodillas un libro, dice, y leía en él las historias de los pasados tiempos, indicando luego a los pintores lo que habían de representar en la pared.» Los poetas componían inscripciones a fin de explicar estas historias al pueblo; de ellas han llegado hasta nosotros las de Fortunato relativas a San Martín de Tours.

Durante la época merovingia los cadáveres eran enterrados con su traje, sus armas, sus joyas, brazaletes, collares, broches, sortijas y pendientes. Entre estos objetos funerarios hay dos especialmente que atestiguan una preocupación artística y son la fibula, hebilla ó broche, y el broche ó placa de cinturón; en una y en otra la ornamentación es variada y consiste en temas geométricos ó florales, en caballos, serpientes, animales fantásticos como el grifo, aves con un ojo muy grande y un pico encorvado, y a veces en cabezas humanas.